

ron notables las que hizo para la minería, redactadas con tal prevision, que no se ofreció en lo sucesivo duda alguna que no estuviese prevenida en ellas. ⁹ En suma, trabajó tanto y tuvieron tan buen éxito sus esfuerzos, que los vireyes que vinieron despues de él casi no hicieron otra cosa que seguir sus huellas y llevar adelante el acertado sistema que dejó establecido.

Mas por desgracia empañó en gran parte esta gloria, por la crueldad con que trató al desgraciado Inca Tupac Amaru, último vástago de la dinastia real del Perú. Y como este fué uno de los sucesos mas notables del gobierno del virey Toledo; bueno será referirlo con alguna estension.

Luego que salió de las montañas de Vilcabamba el Inca Sayri Tupac, los Peruanos que no quisieron seguirle y prefirieron conservar su independencia, nombraron un nuevo soberano que fué Inti Cusi Titu Yupanqui, aunque otros dicen que para hacer esta eleccion aguardaron la muerte del príncipe Sayri, ocurrida pocos años despues de su salida, como arriba vimos. Era Inti Cusi hermano de Sayri, y continuó viviendo retraido en las mismas sierras, aunque ya no se guardaba la entrada á ellas con la misma vigilancia que antes.

⁹ Trae un extracto de ellas *Regium Peruvicum*, (Madrid, Escalona en su *Gazophilatium* 1675,) lib. 2 parte 2, cap. 1.

Movidos de celo religioso los frailes de la órden de San Agustín quisieron penetrar en aquellas asperezas para difundir el conocimiento de las verdades católicas, y en el año de 1566 despues de vencer muchas dificultades entró en la sierra el P. Fr. Marcos Garcia de la dicha órden. Recibiólo el Inca muy mal á los principios pero despues admirado de ver su mansedumbre y la santidad de su vida, dió oídos á sus exhortaciones, y al cabo de algun tiempo recibió el bautismo con toda su familia. A ejemplo del soberano abrazaban sus vasallos la fé cristiana, y creciendo el número de los conversos edificó el P. Garcia una iglesia, con grandes esperanza de que pronto lograria convertir toda la provincia.

Mas la conversion del Inca no era sincera, y no tardó en resfriarse el celo con que habia abrazado la nueva religion. Doliáse dejar los vicios á que habia vivido hasta entonces entregado, y sobre todo sentia renunciar el privilegio de la poligamia. De esta manera se fueron estragando insensiblemente sus costumbres, trataba con aspereza al P. Fr. Marcos, y aun llegó á prohibirle que administrase á nadie el bautismo sin permiso suyo. Los Indios, imitando siempre al soberano, mudaron tambien de conducta y apostataron casi todos. El P. Garcia vió muchas veces su vida en peligro; pero en medio de aquella persecucion tuvo el gusto de ver llegar á

otro fraile de su misma órden llamado Fr. Diego Ortiz, y de acuerdo ambos se dedicaron con mas celo que nunca á la obra de la conversion. Pero á poco tiempo el Inca hizo sacar fuera de la provincia al P. Garcia, que se volvió á su convento del Cuzco quedando solo el P. Ortiz en las sierras de Vilcabamba.

Seria largo referir todas las contrariedades y persecuciones que sufrió, porque el Inca acabó por volver públicamente á su antigua religion, sin que lo pudiera evitar Fr. Diego. Sucedió á poco que el Inca enfermó gravemente por haber bebido estando acalorado. Por falta de auxilio no pudo resistir al ataque y sucumbió dentro de breves dias. Atribuyeron los Indios la muerte de su soberano á Fr. Diego, que le habia asistido en su enfermedad, se apoderaron de él y le dieron muerte despues de haberle atormentado largo tiempo de un modo que horroriza. De esta manera acabaron las tentativas para introducir la luz de la fé en las sierras de Vilcabamba; pero el cielo reservaba un castigo bien cruel á los últimos restos de aquella raza desventurada.

Por la muerte de Inti Cusi se ciñó la borla encarnada Tupac Amaru, hermano suyo y tambien de Sayri Tupac. Vivió tranquilamente en sus montes algunos años sin que nadie le molestase, hasta el de 1571 en que el virey Toledo trató de hacerle salir de su retiro, conforme el Mar-

qués de Cañete habia hecho antes con el principe Sayri. Hizole proposiciones de igual naturaleza ofreciendole su amistad y una renta correspondiente á su rango, con tal de que fuese á vivir entre los cristianos; pero el Inca nada quiso admitir y respondió que preferia su independencia á todas las mercedes de los Españoles.

Frustradas las esperanzas de un arreglo amistoso, no faltó quien aconsejara al virey que emplease la fuerza para conseguir su deseo. Decíanle que el monarca español le agradecería mucho el servicio que iba á hacerle en librar aquel nuevo imperio de su último enemigo; ponderábanle la grandeza de los tesoros que el Inca tenia escondidos en sus montañas, y tanto le urgieron que en mala hora cedió el virey á sus instancias. Parece que los Indios refugiados en Vilcabamba solian salir de cuando en cuando de sus guaridas para acometer y despojar á los viajeros que pasaban por las inmediaciones como solian hacerlo en tiempo del Inca Manco, y este fué un nuevo pretesto para la guerra: y no contribuyó poco á dar un color de justicia á la expedicion el haberse dicho que su objeto era castigar la cruel muerte del P. Ortiz y la apostasia de los Indios.

Decidido ya á usar de la fuerza juntó el virey la gente necesaria, que serian doscientos cincuenta hombres, y para evitar que los Indios se

previniesen, hizo correr la voz de que era un refuerzo que iba á enviar á Chile. Dió el mando de la gente á Martin Garcia de Loyola, soldado antiguo y acreditado, cuya primera disposicion fué tomar con alguna tropa dos pasos principales de la sierra para que la presa no se le escapase. Entró luego en las montañas sin tropezar con grandes dificultades, porque desde la salida de Sayri, se habian descuidado los Indios en tomar las precauciones que antes, y tenian hechos los puentes, sin cortaduras ni estorbos en los paos.

Informado el príncipe de la venida de los Españoles no se halló con fuerza para resistirles y emprendió la retirada para el interior de las sierras; pero sus oficiales no perdieron por eso el ánimo y en uno de los pasos mas difíciles opusieron una tenaz resistencia á los Españoles molestándoles mucho con las grandes piedras que rodaban desde las alturas. El paso fué ganado al fin; pero con pérdida de dos ó tres Españoles, y muchos mas heridos.

Siguieron adelante los invasores hasta llegar á un rio que pasaron en balsas; y no es facil calcular cual habria sido la duracion y el éxito de una campaña entre aquellas asperezas desconocidas, si el príncipe no hubiera resuelto entregarse á los Españoles creido de que le tratarian con la misma atencion que á su hermano Sayri.

Hallábase sin delito ninguno, porque no tenia por tal el haber defendido hasta lo último su corona, y juzgaba que los Españoles nada tendrían que castigar en él. Pensaba de esta manera, por que no los conocia: con todo, no debia ignorar la historia de su tio Atahualpa y esto debió bastarle. Pero ya Tupac Amaru no era el Inca Manco y queria mas bien vivir esclavo regaladamente que ser rey en los desiertos.

Muy gozoso Martin de Loyola con semejante presa se apresuró á encaminarse al Cuzco, llevando tambien consigo á la familia del Inca, y á un gran número de Indios y mestizos que encontró con él. Hizo su entrada triunfal en la ciudad y entregó sus prisioneros al virey.

Este habia pasado al Cuzco luego que comenzó la campaña, para estar mas cerca del teatro de la guerra. Dueño ya de la persona del príncipe mandó formarle proceso al instante. Acusáronle de los robos y excesos que cometian sus vasallos saliendo de sus guaridas; pero como esta acusacion no era bastante para que el fiscal pidiese la pena capital, tuvieron cuidado de darle fuerza con el acostumbrado cargo de conspiracion, suponiendo que el Inca se habia confederado con los Indios nobles y los mestizos, hijos de conquistadores é Indias, para arrojar del pais á los Españoles. Negó con firmeza este cargo el príncipe peruano, diciendo, con mu-

cha razon, que si su padre Manco no pudo vencer con grandes ejércitos á los pocos Españoles encerrados en el Cuzco, seria en él una locura el soñar en semejante conspiracion, cuando sus fuerzas eran tan débiles y los extranjeros tan numerosos y arraigados en el pais. De nada le valieron sus descargos, porque su suerte estaba ecidida de antemano, y el proceso no tenia mas, dobjeto que salvar las apariencias. Fué, pues, sentenciado á ser decapitado públicamente por traidor en la plaza mayor del Cuzco. Apeló el príncipe de esta sentencia para ante el rey, y pidió que se le enviara desterrado á España; pero no fué oido, ni se le concedió la apelacion. Bien se hubiera estado al virey el haberla concedido.

Apenas se divulgó la sentencia causó en la ciudad una grande sensacion, porque nadie creia que el virey pensara obrar con tal rigor, ni que se atreviera á tomar tan grave determinacion sin permiso del soberano. Las personas principales, los prelados de las religiones y los obispos, se empeñaron en apartar al virey de esta resolucion; pero fueron vanos sus esfuerzos. El obispo de Popayan Fr. Agustin de la Coruña, llegó á pedir de rodillas al virey la vida del príncipe, y tampoco logró ablandarle. Para evitar que le siguiesen molestando, dió orden el virey de que á nadie se permitiera la entrada en su

palacio, y mandó que sin mas dilacion se ejecutase la sentencia.

Los religiosos de diversas órdenes que habian intercedido por el príncipe, viendo que nada podian hacer ya por él en este mundo, quisieron con loable y cristiana caridad hacerle feliz en el otro. Trabajaron con grande empeño en su conversion; el príncipe los escuchaba atentamente y no tardó en pedir el bautismo. Diéronselo inmediatamente, y en él recibió el nombre de Pablo, ¹⁰ preparándose desde entonces á morir como cristiano.

El dia señalado para la ejecucion, que fué uno de los del mes de Mayo de 1572, salió el príncipe montado en una mula con las manos atadas á la espalda, y caminó para el suplicio precedido del pregonero que publicaba la sentencia que habia merecido por traidor. Oyendo el príncipe los gritos de aquel hombre, pidió á uno de los religiosos que le acompañaban, que le espliasse lo que decia. El religioso satisfizo su deseo, y entonces el Inca llamó, al pregonero y le dijo; “que no publicase que moria por traidor, porque nunca lo habia sido, sino porque el virey lo habia querido asi.”

10 “Púsose por nombre no go conmigo, sino don Pablo, don Felipe (como otros dicen) porque siendo noble, avia muerto que no an visto como yo la suma de las informaciones que tenia. lib. 4. cap. 8.

Llegado al lugar del suplicio subió con paso firme al cadalso. Llenaba la plaza una multitud innumerable de personas de todas clases, y todos los edificios que la rodeaban estaban tambien cubiertos de espectadores. Casi todos eran Indios, y sentian tan gran dolor de ver á su soberano en un patibulo y tan vilipendiada la magestad de los Hijos del Sol, que solo se oian gemidos y clamores. Los sacerdotes que auxiliaban al príncipe le suplicaron que hiciese callar a la multitud, porque era tan grande el ruido que salia de ella, que les impedia el atender á su ministerio. Condescendió el príncipe y una sola seña suya bastó para que como por encanto callasen todos y no se oyese en la plaza el mas ligero rumor. Causó mucha admiracion á los Españoles este suceso, porque les hacia ver el grande respeto que los Peruanos tenian á su monarca, aun despues de destronado y reducido á la triste condicion de un malhechor; y el mismo virey Toledo, que presenciaba ocultamente la ejecucion desde una ventana, manifestó su asombro á los que le acompañaban. Aquella fué, sin embargo, la última vez que los Peruanos manifestaron su obediencia á los preceptos del soberano porque á pocos momentos rodó por el cadalso la cabeza del último de los Incas!

Con la muerte del príncipe no quedó satisfecho el virey, sino que continuó la persecucion

contra los individuos de la familia real y contra los mestizos, hijos de los conquistadores. Algunos sufrieron el tormento para que declarasen la supuesta conspiracion, y todos fueron desterrados del Perú, yendo los mas á las otras colonias de América, y algunos pocos á España. Dentro de un corto número de años todos habian muerto en el destierro, unos de pesadumbre y otros de miseria, extinguiéndose de esta manera la familia real y la nobleza del Perú. ¹¹

Los nueve años que aun permaneció en el gobierno el virey Toledo, se señalaron con la primera correría que hicieron en las costas del Pacífico los piratas ingleses al mando del famoso Drake, cuyo ejemplo siguieron otros muy pronto. Aquel fué el principio de las piraterías, asaltos y saqueos que hasta los últimos tiempos no cesaron de hacer los ingleses en las posesiones españolas de América, sin hacer distincion entre los tiempos de paz y los de guerra. El virey armó una escuadrilla para perseguir al pirata inglés; pero mientras fueron á aguardarle al estrecho de Magallanes él atravesó el Pacífico, recorrió las islas y costas de Asia y volvió á Eu-

¹¹ Quedó, sin embargo, una hija del príncipe Sayri Tupac, que casó con el mismo Loyola que prendó á su tio Tupac Amaru, y mas adelante obtuvo sus descendientes el título de Marqueses de Oropesa.—Loyola fué nombrado gobernador de Chile pero á poco tiempo le sorprendieron dormido en el campo los Araucanos y le degollaron con todos sus compañeros.

ropa con el fruto de sus rapiñas, dejando burlados á los marinos españoles. Mas felices fueron estos en otras expediciones contra los Ingleses que se ofrecieron por aquel mismo tiempo y que no son de este lugar.

El año de 1581 fué relevado D. Francisco de Toledo por D. Martín Enriquez, que era virey de Méjico. Toledo marchó á España dejando en un estado floreciente las provincias que habia gobernado, y se presentó en la corte pensando recibir la recompensa que merecia por los grandes servicios que habia prestado á su pais. Pero el severo Felipe II le preparaba un recibimiento muy diverso. Apenas desembarcó el virey, el Consejo de Indias mandó embargarle los bienes, acusándole de haber cobrado por sus sueldos mas de lo que debia. Toledo se presentó al rey para reclamar contra esta medida y darle cuenta de su gobierno y del estado en que dejaba la colonia; pero Felipe no quiso oírle, y volviéndole las espaldas le dijo: "Podeis iros á vuestra casa, porque yo os envié á servir reyes, no á matar reyes," aludiendo á la trágica muerte de Tupac Amaru. Acaso no haremos una injusticia á Felipe II, suponiendo que en su interior se regocijó con la muerte de este desgraciado príncipe, porque al mismo tiempo que aseguraba completamente la sumision de los Peruanos, le libraba

de la obligacion de agradecer y premiar a Toledo los grandes servicios que le habia prestado.

Tan severas palabras en la boca de un Felipe II fueron un rayo para Toledo, quien no pudo resistir este golpe, y á los pocos dias murió de pesar. El juicio de los contemporáneos y el de la posteridad no ha confirmado el de Felipe II; y si bien la muerte del Inca y la persecucion á su familia se consideran como un feo borron de la carrera pública de Toledo, se le mira, con justicia, como el virey mas sábio, mas activo y mas benéfico del Perú.¹²

No entra en el plan de este resumen el referir los sucesos de los gobiernos de sus sucesores. El Perú disfrutó de dos siglos de paz hasta que estalló la terrible sublevacion de los indígenas, en que se derramó la sangre á torrentes. El gobierno español logró sofocarla; pero su poder no alcanzó á impedir que mas adelante el Perú siguiese el ejemplo de las demas colonias americanas, y cortasse los lazos que le unian á la metrópoli.

¹² "Siendo constante, que solo el hecho de la sentencia de aquel Príncipe pudo oscurecer la fama, y opinion de un Gobernador, cuyo zelo, aplicacion, y providencia dexaron las reglas á lo futuro, por donde se ha dirigido la mayor parte de las acertadas operaciones de sus suceseros." Alcedo, Aviso, pág. 94.

del virey Toledo, V. Garcilaso, Com. Real, Parte 2, lib. 8, cap. 16-20.—Barcia, Prólogo á la 2ª ed. de los Com. Real., (Madrid, 1723.)—Alcedo, Aviso, pp. 82-94.—Herrera, Hist. General del Mundo, (Madrid, 1606,) Parte 2, lib. 9, cap. 13; lib. 10, cap. 1.—Calancha, Crónica, lib. 2, cap. 30; lib. 4, cap. 2-3.

Para lo relativo al gobierno

Fray ANTONIO DE LA CALANCHA, autor citado muchas veces en este *Apéndice*, era natural de la villa de la Plata, en el Perú donde tomó el hábito de San Agustín y ocupó varios empleos de importancia en su religión. Nombráronle luego cronista en ella, y en desempeño de su encargo escribió la *Crónica Moral izada del orden de S Agustín en el Perú con sucesos ejemplares en esta monarquía*, que se imprimió en Barcelona el año de 1638, en un tomo en folio mayor de unas mil páginas. La tituló su autor *primera parte*: pero no sé que se haya publicado nunca la segunda. Comprende la obra desde el primer descubrimiento del Perú hasta fines del siglo XVI, y el principal objeto que en ella se propuso su autor fué probar, aunque sin fundamento, que su religión de San Agustín fué la primera que predicó el Evangelio en el Perú, lo que le valió una acre impugnación de su paisano el cronista Fray Juan Melendez, que reclamaba esta gloria para su religión de Santo Domingo.

En su *Crónica* no se limitó Calancha á escribir la historia de su orden, sino que también refirió todos los acontecimientos que pasaron en el país desde su descubrimiento; y aunque las mas veces sigue á los autores bastante conocidos que escribieron antes que él, retifica de cuando en cuando algunos errores en aquellos incurrieron, porque según parece, su empeño de pro-

bar la prioridad de los Agustinos en la predicación, le hizo buscar con la mayor diligencia y consultar los documentos oficiales que se guardaban en los archivos. Así es que se hallan esparcidos en su voluminosa obra algunos datos útiles que es preciso desterrar de entre la multitud de vidas de religiosos, relaciones de milagros y digresiones inoportunas con que llena la mayor parte de su libro. Ofreció una *Crónica* moralizada y por desgracia cumplió con demasiada fidelidad su promesa, porque á cada paso se detiene para sacar consecuencias morales de los sucesos que refiere, comparándolos con otros que se hallan en las historias sagradas ó profanas, y comentándolos bajo todos aspectos. De aquí proviene la desmedida extensión que dió á su obra; mas si se desechan todos estos adornos superfluos queda un fondo, corto á la verdad, pero apreciable, de noticias referidas con bastante imparcialidad. Son algo mas abundantes cuanto trata del gobierno del virey Toledo y de la vida de los dos últimos Incas, por la parte tan principal que tuvieron los frailes de su orden en los sucesos de este periodo.

Apesar de los defectos que he apuntado, la obra de Calancha es muy digna de atención, y es lástima que apenas la hayan consultado los escritores modernos, quienes acaso la habrán despreciado por el título que lleva y por ser obra de

un *fraile*. Es de aquellos libros que jamás volverán á imprimirse, y los ejemplares, que ya son bastante escasos, irán siendo por consiguiente cada vez mas raros.

D. Dionisio de Alcedo, autor del *Aviso histórico político, geográfico* que he citado varias veces, era padre del D. Antonio de Alcedo tan conocido por su *Diccionario de América*. Fué Presidente de la Audiencia de Quito y desempeñó otros puestos de importancia en las colonias, donde permaneció muchos años, siendo su testimonio muy respetable por todas estas circunstancias. Vuelto á España, el ministro Patiño le pidió un informe sobre la conducta que habian observado los Ingleses en el Perú y demas colonias del Sur, asi como sobre los abusos que cometian á la sombra de los privilegios que obtuvieron para su comercio en el tratado Utrecht. Este fué el motivo que tuvo Alcedo para escribir esta obra, en la que ademas de las noticias que se le pedian intercaló otras muchas bastante curiosas. Está escrita en forma de una historia, por órden cronológico de todos los vireyes del Perú, desde Pizarro hasta el Marqués de VillaGarcia que gobernaba cuando el autor escribió. Su estilo aunque claro es bastante pesado por la desmensurada estension que da á sus periodos, no siendo cosa rara que el lector recorra diez ó doce páginas sin encontrar un punto final.

RELACION

DE LA

CONQUISTA DEL PERU,

ESCRITA POR

PEDRO SANCHO,

SECRETARIO DE PIZARRO Y ESCRIBANO DE SU EJÉCIRTO.

PUBLICADA EN ITALIANO POR J. B. LAMUSIO.

TRADUCIDA POR PRIMERA VEZ AL CASTELLANO POR J. G I

1849.